

una larga y fructífera lista de estudios de esta autora, gestados con la misma ambición y con resultados igualmente satisfactorios.

Rafael RAMIS BARCELÓ

Universitat de les Illes Balears, España

BRUN, Daniel, *Histoire des Francs-Maçons (Histoire et traditions, ésotérisme suivi d'un Dictionnaire des Symboles et du vocabulaire maçonniques)* (Nîmes, SPD Le Livre Club, 2012), 156 págs.

Daniel Brun estima que existen más de diez millones de francmasones en el mundo. La masonería se presenta como un movimiento de pensamiento y acción que, según algunos, se remontaría en el tiempo, aunque según otros autores a la época de la Edad Media. Los masones pragmáticos consideran que la orden data del siglo XVIII, aunque el término “free-mason” (masón libre) aparecería por primera vez en 1376. Los masones eran protegidos por el poder, real y eclesiástico, y colaboraron con ciertas órdenes eclesiásticas como los benedictinos, los cistercienses o los templarios. Daniel Brun considera que probablemente se establecieron relaciones entre los templarios y los masones libres, sin que sea posible afirmar que existiera una filiación entre el orden del templo y la francmasonería, aunque en ocasiones se ha proclamado la filiación con ciertos ritos masónicos (p. 10). Los primeros textos masónicos son de una época tardía, puesto que provenían de la tradición oral. De hecho, el texto manuscrito más remoto se trataría de *Los antiguos deberes de los masones*, llamado los *Antiguos cargos* (*Old Charges*), cuya regla más antigua sería el Manuscrito “Regius”. Este manuscrito, datado según los expertos hacia 1390, en la actualidad se encuentra en el British Museum, y fue publicado en 1840 por James O. Halliwell. El manuscrito estaba compuesto por ciento veinte documentos, que recogía normas y reglamentos referidos al arte y la ciencia de la construcción gremial, conocida como masonería operativa. De hecho, en Alemania, los talladores de piedra y los masones, que construyeron las catedrales de occidente, se reunieron en 1498, para adoptar una carta común en la que se establecían sus derechos y deberes. Tanto el manuscrito “Cooke”, redactado a principios de 1400, como las “Constituciones de Estrasburgo”, de 1459, precisaban las costumbres, los signos simbólicos, así como palabras de alabanza a los masones, conservaban el secreto sobre las cuestiones esenciales. El primero de ellos, conocido como “The Matthew Cooke Manuscript”, en honor a su editor (Matthew Cooke) que lo publicó en 1861 en Londres. En 1598 una logia de Edimburgo recogía por escrito los primeros rituales de iniciación de carácter oral. Fue, a partir de este momento, cuando la francmasonería comenzó a funcionar con las reglamentaciones aplicables a todas las logias, que redactó su propio colegio de oficiales.

En sus orígenes los compañeros se reunían en las logias –también llamadas “*ca-yennes*”–, integradas por grupos cuya pretensión era la transmisión de la enseñanza a través de la palabra. En estas reuniones se realizaban rituales basados en aquellos que se llevaban a cabo en el Templo de Salomón. Sin embargo, la aparición de la masonería moderna surgió en el corazón del siglo XVIII, en el período de lo que se conoce como masonería especulativa –desde 1717 hasta nuestros días–, que venía a sustituir la segunda etapa de los masones aceptados –siglo XVII hasta 1717–, en la

que se fueron admitiendo miembros honoríficos (“accepted masons”) no dedicados a la construcción o trabajo manual. En esta segunda etapa se sustituyó la masonería denominada operativa, que pervivió entre los siglos XIII-XVI, con la unión masónica en base al oficio de la construcción, que representó la edad de oro en Europa durante muchos siglos.

A comienzos del siglo XVIII, cuatro logias masónicas inglesas de aceptados se convirtieron en su totalidad en especulativas y se reagruparon para la primera Gran Logia de Londres, el 24 de junio de 1717, en pleno solsticio de verano. Esta Gran Logia encargó a James Anderson y Teófilo Desaguliers, dos pastores protestantes, la redacción de unas nuevas constituciones. Años más tarde, el 17 de enero de 1723 apareció el texto definitivo, conocido más tarde como las Constituciones de Anderson, que era muy diferente a los antiguos cargos de los francmasones, y que estaba dividida en cuatro partes: la historia de la masonería; las obligaciones de un francmasón; los reglamentos generales; así como los cantos de las ceremonias masónicas. Daniel Brun considera que la francmasonería en el espíritu es universal y “no puede reducirse a tres religiones” (p. 19). Con la llegada de la República francesa, Napoleón I consiguió que la masonería se unificara de forma que la Gran Logia y las demás logias se reagruparan en una Gran Logia unida.

En 1649 Enriqueta de Inglaterra, hija de Enrique IV y de María de Médicis, viuda del rey Carlos I, se instaló con su corte en el castillo Saint-Germain-en-Laye, y con ella numerosos oficiales francmasones especulativos. De esta forma, se pusieron las bases para la creación de la primera logia masónica en Francia. De hecho, la primera Gran Logia francesa fue creada en 1728 por el duque de Wharton, con sus propios reglamentos generales, aunque dependiente de la Gran Logia inglesa, si bien con el tiempo las logias de París proclamarían su independencia de la de Inglaterra. Una década más tarde, el papa Clemente XII excomulgó a los francmasones por su oscurantismo y su carácter secreto, así como la idea de la iniciación que no casaba con el dogma católico. A la muerte del duque de Antin, en 1743, había unas doscientas logias en Francia. A consecuencia de las divisiones, en 1767 la policía disolvió esta francmasonería por sus particularidades, lo que propició la creación de una nueva obediencia masónica denominada Gran Oriente, en 1773, cuyo maestro estaba representado en la figura de Felipe de Orleans, duque de Chartres y primo hermano del rey Luis XVI. Por otro lado, los nostálgicos del conde de Clermont, fallecido en 1771, se agruparon en la llamada Gran Logia de Clermont. En estas logias con frecuencia se confundían las discusiones filosóficas, el ocultismo –ciencia fundada en la magia– y el esoterismo –doctrina que se transmite a los iniciados por tradición oral–. Todo ello daría lugar a un conjunto de ritos, de rituales y de observancias. En efecto, el fundamento de la francmasonería lo encontramos en la leyenda de Hiram y su misterio esotérico (pp. 47-51). El pensamiento de los masones se fundamenta sobre las órdenes de Adoniram, que daría cabida no sólo a los manuales operativos, sino también a los obreros del pensamiento.

La francmasonería primitiva se caracterizaba por ser masculina y operativa, aunque con el tiempo se transformó especulativa y constituida por miembros de la aristocracia y burguesía, aunque sin dar entrada en su seno a la presencia femenina. De hecho, el primer masón que abogó por las logias femeninas fue el caballero de Beauchêne, adoptando en 1744 para su Orden la creación de tales logias. En Francia fue el Gran Oriente la que en 1774 reconoció a los grupos femeninos por primera vez. En los años precedentes a la Revolución, la francmasonería llegó a alcanzar en 1789 los cuarenta

mil miembros en las setecientas logias, repartidas entre aristócratas, clérigos y las altas clases sociales. A inicios del período revolucionario dos francmasones adoptaron un protagonismo muy relevante: el duque de Orleans y el marqués de La Fayette. En efecto, en palabras de Daniel Brun “los francmasones participaron activamente en la revolución de 1848” y entre ellos el Gran Oriente (p. 31). Un año más tarde se promulgaría la primera Constitución de la orden masónica en Francia, al tiempo que el Gran Oriente francés hacía suyo el lema de libertad, igualdad y fraternidad. En 1877 se produjo una crisis entre la francmasonería y la Iglesia, rechazando el Vaticano su secretismo, por lo que los francmasones del Gran Oriente renunciaron a utilizar cualquier símbolo religioso como reacción a esa medida. En este mismo sentido, los masones Jules Ferry, Jean Macé, Léon Gambetta o Camille Pelletan abogaron por una enseñanza primaria obligatoria, aunque fundamentada en el laicismo. Esta separación entre Iglesia y Estado sería efectiva con la *Ley de separación de la Iglesia y el Estado*, dictada en 1905, que paradójicamente produjo sentimientos antimasones, y que culminó en 1940 con la disolución de las sociedades secretas por parte del gobierno autoritario de Vichy. Aunque tres años más tarde el general De Gaulle anulaba las leyes del mariscal Pétain y de sus secuaces que prohibían las sociedades secretas, lo que propició el resurgimiento de la francmasonería. En 1952 se creó la Gran Logia Femenina en Francia, y dos años más tarde la Gran Logia de Régimen rectificado; más recientemente, en 1982, surgió la Gran Logia mixta francesa.

El papa Clemente XII condenaba en su bula *In eminenti*, el 4 de mayo de 1738, esta institución de la francmasonería. Esta bula, la primera de esta naturaleza, fue continuada por su sucesor Benedicto XIV. En esa misma línea, el papa León XIII comparaba la francmasonería con la batalla que Satán libró contra Dios.

Algunas de las obediencias masónicas más relevantes son las siguientes: el amor a la verdad, la curiosidad intelectual, el espíritu crítico aunque no sistemático, así como la probidad moral e intelectual. También alcanza una gran relevancia en el seno de los masones la noción del rito. En concreto, en Francia los rituales son más numerosos que en otros países de Europa, si bien varían de una logia a otra. Así, en la logia azul, también denominada logia simbólica, existen tres grados masónicos tradicionales: el aprendiz, el compañero y el maestro, que se presentan como los tres primeros grados de la masonería. En el mundo masón la piedra bruta simboliza lo profano. Y en relación a este aspecto, la masonería ha elaborado la piedra filosofal, en la medida en que la esfera representaría la última perfección. Los dos símbolos masónicos más conocidos son la escuadra –símbolo de la virtud– y el compás –símbolo de los límites entre el masón y los demás–. También pueden aparecer las letras “A” y “G” en referencia al Gran Arquitecto del Universo. Otro aspecto relevante en las logias ha sido la simbología del silencio, en cuanto que aparecía como una imposición a lo largo de todo el acto.

Finaliza la obra con los grandes nombres de la francmasonería y las obediencias actuales (pp. 71-79) y un diccionario masónico con los términos más relevantes en francés (pp. 81-153).

GUILLERMO HIERREZUELO CONDE
Universidad de Málaga